

Voluntas Tua
Textos de Santo Tomas de Aquino

Meditaciones de Cuaresma

« La seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón »



Meditaciones de Cuaresma

Voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón.

Comenzamos el tiempo de Cuaresma, preparándonos para la vivir, después de una conversión profunda, la Pascua del Señor. Siempre este tiempo es un regalo que Dios permite en nuestras vidas para que volvamos a Él con todo el corazón. Estas semanas son una oportunidad para comenzar de nuevo, para escucharle, para buscarle otra vez.

En este pequeño devocionario de Cuaresma, recopilamos las Meditaciones de Santo Tomas de Aquino en el libro: "Meditaciones de Cuaresma, Semana Santa y Tiempo Pascual". Él nos regala una meditación cada día.

Lo interesante de esto es que todos los textos se refieren frecuentemente a versículos bíblicos. Aprovechemos esa riqueza para leer las meditaciones con nuestra Biblia al lado. De esa manera podremos adentrarnos leyendo La Palabra y tener una oración mucho más profunda y llena de riqueza espiritual.

Al inicio de cada semana encontraremos detallado el ofrecimiento que debemos poner en práctica durante esos días. Podremos llevar un control diario y tomar nota acerca de lo que más nos costó, si fue fácil o si no lo logramos ese día. Procuremos hacer diariamente un exámen de conciencia.

Hagamos que, después de estos cuarenta días, podamos sentarnos renovados a los pies de Jesus, para cerca de Él su Pasión. Para que hayamos transformado nuestro corazón, convirtiéndole en uno que sea capaz de abrazar la Cruz con un poco más de amor que antes.

Pidamos al Espiritu Santo la gracia de la conversión verdadera, para que siguiendo de cerca los pasos fieles de María, aprendamos a amar la Voluntad de Dios.

¡Están todos en nuestras oraciones! Entremos al desierto con Jesús.

"Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré al corazón."

Os. 4, 16

Semana después del Miércoles de Ceniza

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

SEMANA DESPUÉS DE CENIZA

Esta semana trabajaremos en el perdón. Es esencial comenzar este desierto trabajando en nuestra capacidad de amar y de practicar la humildad. El perdón no es nada más que un salto de amor cuando más nos cuesta. Es un acto de amor profundo con el otro pedir perdón y perdonar.

Los ejercicios para esta semana son:

1. Pide perdón aunque creas que no tienes la culpa o que no deberías. Tiende tú la mano del amor primero y pide a tu ángel de la guarda que interceda por tí y por la persona con la que tuviste el desacuerdo.
2. Cada vez que te sientas enojado con alguien, reza un Padre Nuestro y un Ave María por él. No solo te ayudará a recuperar tu paz sino que estarás ofreciendo una oración por esa persona que tal vez lo necesita.

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Miércoles de Ceniza

La Muerte

Por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado, la muerte (Rom 5, 12)

1º) Si alguno, por su culpa, es privado de algún beneficio que se le ha dado, la carencia de aquel beneficio es la pena de aquella culpa. Al hombre, en su primer estado, le fue concedido por Dios este beneficio: que, mientras su espíritu estuviera sometido a Dios, se sometiesen las fuerzas inferiores del alma a la mente racional, y el cuerpo al alma. Mas, puesto que la mente del hombre se apartó por el pecado de la sujeción a Dios, se siguió que tampoco las fuerzas inferiores se sometiesen totalmente a la razón; de donde resultó tanta rebelión del apetito carnal contra la razón, que ni tampoco el cuerpo estuviese enteramente sujeto al alma. Y de aquí provienen muerte y otros defectos corporales; porque la vida y la integridad del cuerpo consisten en que éste se someta al alma, como lo perfectible a su perfección. De donde, por el contrario, la muerte y la enfermedad y cualquier defecto corporal pertenecen al defecto de sujeción del cuerpo al alma. Por lo tanto es evidente que, así como la rebelión apetito carnal contra el espíritu es pena del pecado de los primeros padres, así también la muerte y todos los defectos corporales.

2º) El alma racional es de sí inmortal, por eso la muerte no es natural al hombre por parte de su alma, sino al cuerpo que está compuesto de elementos contrarios, de donde resulta necesariamente la corruptibilidad; y en cuanto a esto, la muerte es natural al hombre. Mas Dios, que es el creador del hombre, es omnipotente, por lo cual, por un efecto de su bondad, eximió al primer hombre de la necesidad de la muerte, que es consiguiente a tal materia; cuyo beneficio, sin embargo, le ha sido substraído por el pecado de los primeros padres. Y así, la muerte es natural por la condición de la materia, y es penal por la pérdida del beneficio divino, que preserva de la muerte.

3º) La culpa original y la actual es removida por Cristo, esto es, por el mismo por quien se quitan también defectos corporales, conforme a aquello del Apóstol: Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que mora en vosotros (Rom 8, 11). Pero ambas cosas tienen lugar en tiempo oportuno, según el orden de la divina sabiduría, porque conviene que a la inmortalidad e impassibilidad de la gloria que fue incoada en Cristo y adquirida para nosotros por Cristo, lleguemos después de haber sido conformados primeramente con sus sufrimientos. Por consiguiente, es necesario que su pasibilidad permanezca temporalmente en nosotros para que merezcamos la impassibilidad de la gloria de una manera conforme a Cristo.

Jueves Semana de Ceniza

El Ayuno

I. Se ayuna principalmente para tres fines:

1º) Para reprimir las concupiscencias de la carne. Razón por la cual dice el Apóstol: En ayunos, en pureza (II Cor 6, 5), porque por los ayunos se conserva la castidad. Pues, como dice San Jerónimo: "Sin Ceres y Baco fría está Venus, esto es, por la abstinencia en el comer y beber se calma la lujuria"

2º) Se ayuna para que el espíritu se eleve con más libertad a la contemplación de las cosas sublimes. Por eso se lee en Daniel que después de un ayuno de tres semanas recibió de Dios la revelación.

3º) Para satisfacer por los pecados. Por eso se dice en Joel: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, y con llanto, y con gemidos. Y esto es lo que dice San Agustín: "El ayuno purifica al alma, eleva el pensamiento, somete la carne propia al espíritu, hace al corazón contrito y humillado, disipa las nubes de la concupiscencia, extingue los ardores de la liviandad y enciende la luz verdadera de la castidad".

II. El ayuno cae bajo precepto. Pues el ayuno es útil para borrar y contener la culpa, y para elevar la mente a las cosas espirituales; y como cada cual está obligado por razón natural a usar tanto de los ayunos cuanto le sea necesario para los fines indicados; por eso el ayuno en general., cae bajo el precepto de la ley natural, pero la determinación del tiempo y modo de ayunar según la conveniencia y utilidad del pueblo cristiano cae bajo precepto del derecho positivo, el cual ha sido instituido por los prelados de la Iglesia: éste es el ayuno de la Iglesia; mas el otro es el ayuno natural.

III. Convenientemente se determinan los tiempos del ayuno de la Iglesia. El ayuno se ordena a dos cosas: a borrar el pecado y a elevar el espíritu a las cosas sobrenaturales. Por eso debieron prescribirse los ayunos, especialmente en aquellos tiempos en que convenía que los hombres se purificaran del pecado y se elevase la mente de los fieles a Dios, por la devoción. Ambas cosas urgen principalmente antes de la solemnidad pascual, en la que se perdonan las culpas por el bautismo, que se celebra solemnemente en la vigilia de Pascua, cuando se recuerda la sepultura del Señor, pues por el bautismo somos sepultados con Cristo en muerte (como dice el Apóstol, Rom 6, 4). También en la fiesta de Pascua conviene especialmente elevar el espíritu por la devoción a la gloria de la eternidad, que Cristo inauguró resucitando. Por eso estableció la Iglesia que debía ayunarse inmediatamente antes de la solemnidad pascual, y por la misma razón en las vigilias de las fiestas principales, en las que conviene que nos preparemos a celebrar devotamente las fiestas futuras.

Viernes Semana de Ceniza

La Corona de Espinas

Salid, y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona, con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón (Cant 3, 11).

Es la voz de la Iglesia, que invita a las almas de los fieles a contemplar cuán admirable y precioso es su esposo. Porque las hijas de Sión son las mismas que las hijas de Jerusalén, las almas santas, ciudadanos de aquella suprema ciudad, las cuales disfrutaban de paz perpetua en compañía de los Ángeles, y por consiguiente, contemplan la gloria del Señor.

I. Salid, esto es, salid de la vida turbulenta de este siglo, para que podáis contemplar con la mente expedita al que amáis. Y ved al rey Salomón, es decir, al verdadero Cristo pacífico. Con la corona con que le coronó su madre; como si dijese: considerad a Cristo revestido de la carne por nosotros, carne que tomó de la carne de la Virgen, su Madre. Pues llama corona a la carne, que Cristo tomó por nosotros, en la que, habiendo muerto, destruyó el imperio de la muerte; y en la que, resucitando, nos dio la esperanza de resucitar.

De esta corona dice el Apóstol: Lo vemos (a Jesús) por la pasión de la muerte coronado de gloria y de honra (Hebr 2, 9). Se dice que lo coronó su madre, porque la Virgen María le dio de su carne la substancia de la carne. En el día de su desposorio, esto es, en el tiempo de su Encarnación, cuando unió a sí a la Iglesia, que no tiene mancha o arruga, o cuando Dios se unió al hombre. Y en el día de la alegría de su corazón. Pues la alegría y el gozo de Cristo es salud y redención del género humano. Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja, que se había perdido (Luc 15, 6).

II. Conforme a la letra, puede también referirse sencillamente todo esto a la Pasión de Cristo. Porque previendo Salomón, en espíritu, la Pasión de Cristo mucho tiempo antes, aconsejaba a las hijas de Sión, esto es, al pueblo de Israel: Salid y ved al rey Salomón, es decir, a Cristo, con la corona, o sea, con la corona de espinas con que le coronó su madre, la Sinagoga, en el día de su desposorio, cuando unió a sí la Iglesia, y en el día de la alegría de su corazón, en el cual se regocijaba de redimir de la potestad del diablo al mundo, por medio de su pasión.

Salid, pues, y salid de las tinieblas de la infidelidad y ved, esto es, entended mentalmente que aquél que padece como hombre es verdadero Dios. O también, salid fuera de la puerta de vuestra ciudad, para que lo veáis crucificado en el monte Gólgota.

Sábado Semana de Ceniza

El Grano de Trigo

Sí el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo quedará (Jn 12, 24).

Para dos cosas usamos el grano de trigo: para el pan y para semilla. Aquí se trata del grano de trigo que es semilla, no como materia del pan, porque en este último caso no brota para que produzca fruto. Mas dice muriere, no porque pierda la virtud seminativa, sino porque se muda en otra especie. Lo que tú siembras, no se vivifica, si antes no muere (I Cor 15, 36).

El Verbo de Dios es semilla en el alma del hombre, por cuanto entra en ella por la voz sensible para producir fruto de buenas obras, como dice San Lucas: La simiente es la palabra de Dios (8, 11). Del mismo modo el Verbo de Dios, vestido de carne, es la semilla enviada al mundo, de la cual debía brotar abundantísima mies, por lo cual se compara al grano de mostaza (Mt 13, 31). Dice, pues: Yo he venido como la semilla, para fructificar, y por eso os digo en verdad: Sí el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda; esto es, si yo no muero, no se seguirá el fruto de la conversión de las gentes. Mas se compara al grano de trigo, porque vino para restablecer y sustentar a las mentes humanas. Esto lo hace principalmente el pan de trigo, como dice la Escritura: El pan corrobore el corazón del hombre (Sal 103, 15). El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo (Jn 6, 52).

II. Mas sí muriere, mucho fruto lleva (Jn 12, 24). Aquí se indica la utilidad de la Pasión, como diciendo: Si no cae en tierra por la humildad de la pasión, no se sigue ninguna utilidad, porque él solo queda. Pero si muriere, esto es, mortificado y matado por los judíos, mucho fruto lleva.

1.^o) Fruto de remisión de pecado, como dice el Profeta Isaías: *Éste es todo su fruto, que sea quitad su pecado (Is 27, 9)*. Este fruto lo trajo la pasión de Cristo, según aquello: Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios (I Ped 3,18).

2.^o) El fruto de la conversión de los gentiles a Dios, como se lee en el cuarto Evangelio: Os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto (Jn 15, 16). Ese fruto lo trajo la Pasión de Cristo: Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo (Jn 12, 32).

3.^o) El fruto de la gloria. Porque glorioso es el fruto de los buenos trabajos (Sab III, 15). Este fruto también lo trajo la Pasión de Cristo: Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida, que nos consagró el primero por el velo, esto es, por su carne (Hebr 10, 19, 20).

Primera Semana

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

PRIMERA SEMANA

Esta semana trabajaremos la alegría. La alegría es una característica en la vida de un Cristiano, somos amados por nuestro Dios y nos ha dejado un camino de salvación para ser felices en el cielo. El día a día hace que nos olvidemos de los detalles que Él tiene con nosotros y nos dejamos perturbar por las presiones del día a día ¡es normal! Pero debemos ser capaces de sobreponernos a eso y repetir en nuestro corazón alguna jaculatoria que nos permita volver los ojos a Dios.

Los ejercicios para esta semana son:

1. Esta semana haremos un doble esfuerzo por hacer las cosas con amor y con una sonrisa en el rostro, verás cómo con esa actitud podemos ser luz para quienes se topen con nosotros en estos días..
2. Evita las quejas. Que ninguna queja salga de tu boca. Cada vez que tengas esta tetación, repite una jaculatoria.

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Domingo Primera Semana

Fue Conveniente que Cristo fuera Tentado

Jesús fue llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado por el diablo (Mt 4, 1).

Cristo quiso ser tentado:

1º) Para darnos un auxilio contra las tentaciones. Por lo que dice San Gregorio: "No era indigno de nuestro Redentor, que había venido para ser muerto, el haber querido ser tentado, porque era justo que de ese modo venciese nuestras tentaciones por las suyas, como había venido para vencer nuestra muerte por la suya".

2º) Para que estuviéramos prevenidos, de modo que nadie, por santo que fuese, se creyera seguro e inmune de tentación. Por lo cual quiso ser tentado después del bautismo, porque, como dice San Hilario: "Las tentaciones del diablo se redoblan principalmente en nosotros después de santificados, porque prefiere más triunfar de los santos". Por lo que se dice en el Eclesiástico: Hijo, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en justicia, y en temor, y prepara tu alma a la tentación (2, 1).

3º) Para darnos ejemplo, esto es, para instruirnos acerca de cómo debernos vencer las tentaciones del diablo. A este respecto San Agustín dice, que "Cristo se dejó tentar del diablo para ser nuestro mediador y ayudarnos a triunfar de las tentaciones de éste, no sólo con su auxilio, sino, también con su ejemplo".

4º) Para darnos confianza en su misericordia. Por lo cual se dice: No tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentado en todas cosas a semejanza nuestra, excepto el pecado (Hebr 4, 15).

Lunes Primera Semana

Cristo debió ser Tentando en el Desierto

Estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, y le tentó Satanás (Mc 1, 13).

I. Cristo se manifestó voluntariamente al diablo, para ser tentado, como también por propia voluntad se ofreció a sus miembros para ser matado; de otro modo no se hubiese atrevido el diablo a acercarse a él. Mas el diablo tienta más a uno cuando está solo, como dice la Escritura: Si alguno prevaleciere contra el uno, los dos le resisten (Eccles., IV, 12). De ahí que Cristo se fuese al desierto, como a un campo de lucha, para ser tentado allí por el diablo. Por eso dice San Ambrosio que "Cristo se iba al desierto para provocar al diablo. Porque si éste, el diablo, no le hubiese combatido, aquél, es decir, Cristo, no hubiese venido para mí".

Añade aún otras razones, diciendo que Cristo obró así por misterio, para librar del destierro a Adán, que había sido arrojado del paraíso al desierto; y como ejemplo, para mostrarnos que el diablo mira con malos ojos a los que tienden a lo más perfecto.

II. Cristo se expuso, efectivamente, a la tentación, porque, al decir de San Juan Crisóstomo, el diablo se apresura más a tentar cuando nos ve solitarios; por lo que tentó primero a la mujer cuando se encontraba sin el varón. Sin embargo, no se sigue de aquí que el hombre deba ponerse en peligro de tentación.

Hay dos ocasiones de tentación. Una por parte del hombre, por ejemplo, cuando alguno se expone próximamente al pecado, no evitando las ocasiones de pecar, y tal ocasión de tentación debe ser evitada; según se dijo a Lot: No te pares en toda esta comarca alrededor de Sodoma (Gen 19, 17). Otra ocasión de tentación existe por parte del diablo que "siempre mira con malos ojos a los que tienden a cosas mejores", como dice San Ambrosio, y tal ocasión de tentación no debe ser evitada. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo que no solamente Cristo fue llevado al desierto por el Espíritu, sino también todos los hijos de Dios que poseen al Espíritu Santo; pues no se contentan con permanecer ociosos; sino que el Espíritu Santo los insta a emprender algo grande, cual es estar en el desierto con relación al diablo, porque no hay allí injusticia, en la que el diablo se deleita. También toda obra buena es desierta con respecto a la carne y al mundo, porque no es conforme a la voluntad de la carne ni a la del mundo. Pero no es peligroso dar al diablo tal ocasión de tentación, pues es más bien un consejo del Espíritu Santo, que es el autor de la obra perfecta, que una impugnación del diablo envidioso.

Martes Primera Semana

Cómo sobrellevó Cristo todos los Sufrimientos

Los padecimientos humanos pueden considerarse de dos modos:

1º) En cuanto a la especie, y así no convino que Cristo sufriese todo padecimiento, porque muchas especies de padecimientos son contrarias entre sí, como cuando uno se quema por el fuego o es sumergido en el agua; ahora hablamos de los padecimientos inferidos exteriormente, puesto que no fue conveniente que él sufriese los padecimientos que son causados interiormente, como son las enfermedades corporales.

2º) En cuanto al género; sufrió todo padecimiento humano, lo cual puede considerarse de tres maneras:

1ª) Por parte de los hombres de quienes recibió padecimiento, pues padeció algo de los gentiles, de los judíos, de los hombres y de las mujeres, como se manifiesta por las sirvientas que acusaban a San Pedro. Padeció también por parte de los príncipes y de sus ministros y del pueblo, según aquello del Salmo (2, 1, 2): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo. Padeció también de parte de los amigos y conocidos, como se manifestó cuando Judas le entregó, y Pedro le negó.

2ª) Por todo lo que el hombre puede padecer. En efecto, Cristo sufrió por sus amigos que lo abandonaban; en su reputación, por las blasfemias proferidas contra él; en su honra y gloria, por los escarnios y afrentas que se le causaron; en sus cosas, porque hasta fue despojado de sus vestiduras; en su alma, por la tristeza, tedio y temor, y en su cuerpo, por las heridas y azotes.

3ª). En sus miembros corporales. Porque Cristo sufrió en su cabeza la corona de punzantes espinas; en su pies y manos, taladrados por los clavos; en su rostro, las bofetadas y salivazos; y azotes en todo el cuerpo. Padeció también con todos sus sentidos corporales: con el del tacto, al ser flagelado y crucificado con los clavos; con el del gusto, al beber hiel y vinagre; con el del olfato, al ser suspendido en un patíbulo levantado en un lugar que los cadáveres hacían fétido y que se llamaba Calvario; con el del oído, al ser atacado por las voces de blasfemos y burladores; con el de la vista, al ver llorar a su Madre y al discípulo a quien amaba. Por lo que hace a la eficacia, ciertamente el más mínimo de los padecimientos de Cristo hubiese bastado para redimir al género humano de todos sus pecados; pero según la conveniencia, fue preciso que sufriese todo género de padecimientos.

Miércoles Primera Semana

Intensidad del Dolor de Cristo en la Pasión

Atended, y mirad si hay dolor como mi dolor (Lam 1, 12).

En Cristo paciente hubo el dolor verdadero sensible, que es causado por algún dano corporal; y también el dolor interior, producido por la percepción de algún dano, que se llama tristeza. Ambos dolores fueron en Cristo los mayores que pueden sufrirse en la vida presente. Esto acaeció por cuatro razones.

I. Por las causas del dolor. Porque la causa del dolor sensible fue la lesión corporal, la cual resultó acerba, ya por la generalidad de los padecimientos, ya también por el género de ellos, pues la muerte de los crucificados es acerbísima, al ser clavados en las partes nerviosas y más sensibles, esto es, en las manos y los pies, y además que el peso mismo del cuerpo pendiente acrecienta continuamente el dolor; también se prolonga el sufrimiento, puesto que no mueren inmediatamente como los que son pasados a cuchillo. La causa del dolor interior fue: 1.º, todos los pecados del género humano por los que satisfacía padeciendo, y que casi se los atribuye cuando dice: Las voces de mis delitos (Sal 21, 2); 2.º, especialmente la caída de los judíos y de los demás que pecaban en su muerte, y principalmente de sus discípulos, que se escandalizaron en la Pasión de Cristo; 3.º, la pérdida de la vida corporal, que naturalmente es horrible a la naturaleza humana.

II. La magnitud de su dolor puede considerarse por la percepción del paciente según el alma y según el cuerpo. Según el cuerpo tenía una complexión perfecta, puesto que fue formando milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y por eso sobresalió en él el sentido del tacto, de cuya percepción se sigue el dolor.

El alma percibió también eficazísimamente, según las fuerzas interiores, todas las causas de la tristeza.

III. La magnitud del dolor de Cristo puede considerarse por la pureza del dolor y de la tristeza, pues en los demás pacientes se mitiga la tristeza interior, y hasta el dolor exterior, por alguna consideración de la razón, por medio de cierta derivación o redundancia de las potencias superiores a las inferiores; lo cual no ocurrió en Cristo paciente, porque dejó hacer a cada una de sus fuerzas lo que le es propio.

IV. Puede considerarse la magnitud del dolor de Cristo paciente porque tomó voluntariamente estos padecimientos y el dolor con el fin de libertar a los hombres del pecado, y por consiguiente tomó tanta cantidad de dolor como correspondía a la magnitud del fruto que de ello resultaba.

Luego, de todas estas causas, consideradas en conjunto, aparece manifiesto que el dolor de Cristo fue el mayor.

Jueves Primera Semana

Fue conveniente que Cristo fuera crucificado entre dos Ladrones

Cristo fue crucificado, entre ladrones, porque así convenía en cuanto a la intención de los judíos, y también en cuanto a la ordenación de Dios.

1º) En cuanto a la intención de los judíos, éstos lo crucificaron entre dos ladrones, para hacerlo partícipe de la sospecha que se tenía de ellos. Pero no ocurrió así, pues nada se dice de ellos, mientras que la Cruz de éste es honrada en todas partes: los reyes, deponiendo las coronas, colocan la Cruz en sus vestidos de púrpura, en sus diademas, en sus armas, en la mesa sagrada; y la Cruz brilla en toda la tierra. Respecto al orden establecido por Dios, Cristo fue crucificado con los ladrones porque así como Cristo fue hecho por nosotros el maldito de la Cruz, del mismo modo es crucificado como culpable entre culpables, para la salvación de todos.

2º) Como dice el papa San León, son crucificados dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda, para demostrarnos bajo la imagen misma del patíbulo la distinción que deberá hacerse de todos los hombres en el día del juicio. San Agustín dice: "Si te fijas, la misma cruz fue tribunal; porque en medio se encuentra el juez; a un lado el que creyó y fue liberado, y al otro, el que insultó y fue condenado. Ya significaba por ello lo que haría con los vivos y los muertos; a unos los pondría a su derecha, a los otros a su izquierda".

3º) Según San Hilario, hubo dos ladrones crucificados, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, para enseñar que todo el género humano es llamado al sacramento de la Pasión del Señor. Mas porque, a causa de la diversidad de fieles e infieles, se hace la división de todos poniendo los unos a la derecha y los otros a la izquierda, uno de los dos, el situado a su derecha, se salva por la justificación de la fe.

4º) Como dice San Beda, los ladrones que fueron crucificados con el Señor significan los que bajo la fe y la confesión de Cristo sufren el certamen del martirio o las disposiciones de una disciplina austera; mas los que lo hacen por la gloria eterna, son representados por la fe del ladrón de la derecha, y los que lo hacen con miras a las humanas alabanzas, imitan las disposiciones y los actos del ladrón de la izquierda.

Así como Cristo no era deudor de la muerte, sino que la sufrió porque quiso, para vencer a la muerte con su virtud; así tampoco mereció ser colocado con ladrones; pero quiso ser contado entre los inicuos, para destruir a la iniquidad con su virtud. Por eso San Juan Crisóstomo dice que convertir al ladrón en la Cruz y conducirlo al paraíso no fue menos difícil que quebrar las piedras.

Viernes Primera Semana

La Lanza y los Clavos de Nuestro Señor

Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua (Jn 19, 34).

I. La Escritura dice de un modo expresivo abrió, y no hirió, porque por este costado se nos abre la puerta de la vida eterna. Después de esto miré; y vi una puerta abierta (Apoc 4, 1). Ésta es la puerta en el costado del arca, por la cual entran los animales que no han de perecer en el diluvio.

II. Esta puerta es causa de salvación. Por lo cual salió luego sangre y agua. Es muy maravilloso que del cuerpo de un muerto, en el cual está cuajada la sangre, salga ésta. Esto ocurrió para mostrar que por la Pasión de Cristo alcanzamos plena ablución de nuestros pecados y de nuestras manchas.

De nuestros pecados por la sangre, que es el precio de nuestro rescate, como dice la Escritura: Habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas percederas; sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado, y sin mancilla (1 Ped 1, 18); de las manchas por el agua, que es baño de nuestra regeneración. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias (Ez 36, 25). En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los moradores de Jerusalén para lavar las manchas del pecador y de la mujer menstruosa (Zac 13, 1).

Sábado Primera Semana

Caridad de Dios en la Pasión de Cristo

Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros (Rom 5, 8-9).

I. Cristo murió por los impíos (Ibíd., 6). Esto es grande si considerarnos quién murió; es grande también, si considerarnos por quienes murió. Porque apenas hay quien muera por un justo (Ibíd., 7), esto es, apenas hay quien muera para librar a un hombre justo; aún más todavía, como se dice en Isaías: El justo perece, y no hay quien lo recapacite (57, 1). Y por lo tanto apenas hay quien muera. Porque tal vez alguno, esto es algún raro por celo de virtud se atreva a morir por un hombre bueno. Raro es, pues, porque es cosa grandísima, como se lee en San Juan: Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos (Jn 15, 1.3). Pero lo que hizo Cristo: morir por los impíos e injustos, no se encuentra jamás. Por eso con razón debe admirarse por qué Cristo hizo esto.

II. Si se pregunta por qué Cristo murió por los impíos, la respuesta es que con ello Dios hace brillar su caridad en nosotros, esto es, con ello nos muestra que nos ama infinitamente, pues aun cuando éramos pecadores, murió Cristo por nosotros.

La misma muerte de Cristo muestra la caridad de Dios para con nosotros, pues dio a su Hijo para que muriese satisfaciendo por nosotros: De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito (Jn 3, 16). Y de este modo, así como la caridad de Dios Padre para con nosotros se muestra por habernos dado su Espíritu, igualmente se muestra dándonos a su Hijo.

Pero al decir hace brillar, señala la inmensidad de la caridad divina; la cual manifiesta por el solo hecho de habernos dado a su Hijo para que muriese por nosotros, y por nuestra condición, porque esto no lo hizo a causa de nuestros merecimientos, sino aun cuando éramos pecadores (Rom 5, 8). Dios, que es rico en misericordia, por su extrema caridad con que nos amó; aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo (Ef II, 4).

III. Todo esto apenas es creíble, como dice la Escritura: Obra fue hecha en vuestros días, que nadie la creerá cuando será contada (Hab 1, 5). Porque que Cristo haya muerto por nosotros es tan sorprendente que apenas puede concebirse en nuestro entendimiento; es más, sobrepasa nuestro alcance. Esto es lo que dice el Apóstol: Yo obro una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguno os la contare (Hech 13, 41).

Tanta es la gracia y el amor de Dios para con nosotros, que hizo por nosotros mucho más de lo que nosotros podemos creer o concebir.

Segunda Semana

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

SEGUNDA SEMANA

Esta semana trabajaremos en nuestra oración. Para ser amigo de alguien, debemos conversar con él y escucharlo. Si queremos tener una relación con Dios debemos darnos un tiempo para conversar con Él, contarle nuestras preocupaciones y alegrías y escuchar lo que tenga para nosotros.

Esta semana recordaremos darnos un tiempo todos los días para agradecer por lo que tenemos y por lo que no tenemos también. Aprovechemos esta semana para retomar esa oración que tal vez hemos dejado de lado o para fortalecer ese vínculo con el amor más grande, Dios

Los ejercicios para esta semana son:

1. Busca un lugar tranquilo y un momento callado en el día para que tu atención se concentre únicamente en Dios ¡verás que será un momento muy bonito en el día!
2. Lee y medita en oración las lecturas diarias que propone la Liturgia.

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Domingo Segunda Semana

Dios Padre entregó a Cristo a la Pasión

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom 8, 32).

Cristo padeció voluntariamente por obediencia al Padre. Por consiguiente, Dios Padre entregó a Cristo a la Pasión en tres conceptos:

1º) Según que en su eterna voluntad preordenó la Pasión de Cristo para liberación del género humano, conforme a aquello que dice Isaías: Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros (53, 6), y más adelante: El Señor quiso quebrantarlo con trabajos (Ibíd., 10).

2º) En cuanto le inspiró la voluntad de padecer por nosotros, infundiendo en él la caridad, por la que quiso padecer. Por lo cual el Profeta continúa: Él se ofreció porque él mismo lo quiso (Ibíd., 7).

3º) No protegiéndole en la Pasión, sino exponiéndole a sus perseguidores, por lo que se lee en San Mateo (27, 46) que estando Cristo colgado en la Cruz, decía: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, es decir, que lo expuso al poder de sus perseguidores.

Es impío y cruel entregar a un hombre inocente a la pasión y a la muerte contra su voluntad, como obligándole a morir. Mas Dios Padre no entregó así a Cristo, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros; en lo cual se muestra la severidad de Dios, que no quiso perdonar el pecado sin la pena; eso hace notar el Apóstol cuando dice: A su propio Hijo no perdonó (Rom 8, 32). Pero Dios muestra su bondad en cuanto que, no pudiendo el hombre satisfacer suficientemente por medio de alguna pena que él mismo sufriese le dio uno que satisficiera por él; lo cual indicó el Apóstol diciendo: lo entregó por todos nosotros (Rom 8, 32), y A quien (es decir, a Cristo) Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre (Rom 3,25).

La misma acción es juzgada de diversa manera en el bien o en el mal, según que proceda de diversa raíz. El Padre entregó a Cristo, y éste se entregó por amor, y por eso ambos son alabados; mas Judas lo entregó por avaricia; los judíos, por envidia; Pilatos, por el temor mundano con que temió al César, y por eso todos ellos son vituperados.

Así, pues, Cristo no fue deudor de la muerte por necesidad; sino por amor a los hombres, en cuanto que quiso la salvación humana; y por amor a Dios, en cuanto quiso cumplir su voluntad, como dijo el mismo Cristo: Mas no como yo quiero, sino como tú (Mt 26, 39).

Lunes Segunda Semana

Fue conveniente que Cristo Padeciese de parte de los Gentiles

Lo entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, y azoten y crucifiquen (Mt 20, 19).

En el modo mismo de la Pasión de Cristo se prefiguró su efecto; porque primeramente la Pasión de Cristo produjo el efecto de la salud en los judíos, muchos de los cuales se bautizaron en la muerte de Cristo. En segundo lugar, el efecto de la Pasión de Cristo pasó a los gentiles con la predicación de los judíos. Por lo tanto, fue conveniente que Cristo comenzase a padecer por parte de los judíos, y que después, entregándole los judíos, acabase su pasión a manos de los gentiles. Cristo, para manifestar la abundancia de su caridad, por la que padecía, puesto en la Cruz, pidió perdón por sus perseguidores; y por esto, para que el fruto de esta petición llegase a los, judíos y a los gentiles, quiso Cristo padecer por parte de los unos y de los otros.

Ciertamente ofrecían los judíos, no los gentiles, los sacrificios figurativos de la ley antigua. Pero la Pasión de Cristo fue la oblación de su sacrificio, en cuanto Cristo sufrió la muerte por caridad con voluntad propia; mas en cuanto padeció de parte de los perseguidores, no fue sacrificio, sino pecado gravísimo. Como los judíos dijeron: No nos es lícito a nosotros matar a alguno (Jn 18, 31), entendieron que no les era lícito matar a nadie, a causa de la santidad del día de fiesta que ya habían comenzado a celebrar. O decían esto, como asegura San Juan Crisóstomo, porque querían matarlo, no como transgresor de la ley, sino como enemigo público, por haberse hecho rey, de lo cual no les correspondía a ellos juzgarle, o porque no les era lícito crucificar, lo cual deseaban, sino apedrear, lo que hicieron con San Esteban. Mejor dicho: que los romanos quitaron el poder de matar a los que les estaban sometidos.

Martes Segunda Semana

La Pasión de Cristo causó nuestra Salvación por modo de Merecimiento

I. A Cristo se dio la gracia no solamente como a persona singular, sino también en cuanto es cabeza de la Iglesia, esto es, para que se derramase a los miembros; y por consiguiente, las obras de Cristo se encuentran, tanto con respecto a sí mismo cuanto a los miembros, en la misma relación en que se encuentran las obras de otro hombre, constituido en gracia, con respecto a nsí mismo. Pero es evidente que quienquiera que, constituido en gracia, padece por la justicia, por eso mismo merece la salvación para sí, conforme a aquello del Evangelio: Bienaventurados las que padecen persecución por la justicia (Mt 5, 10).

Luego Cristo por su Pasión no solamente mereció la salvación para sí, sino también para todos sus miembros. Es cierto que Cristo nos mereció la salvación eterna desde el principio de su concepción; pero existían por nuestra parte ciertos impedimentos, que nos imposibilitaban conseguir el efecto de los méritos precedentes. Por lo que fue necesario que Cristo padeciese para remover aquellos impedimentos. Y aun cuando la caridad de Cristo no hubiese sido aumentada en la Pasión más que antes, tuvo, sin embargo, la Pasión de Cristo algún efecto que no tuvieron los merecimientos precedentes, por razón de mayor caridad, sino a causa del género de obra que era conveniente a tal efecto, como se evidencia por las razones dadas más arriba acerca de la conveniencia de la Pasión de Cristo.

Los miembros y la cabeza pertenecen a la misma persona. De ahí que, como Cristo es cabeza nuestra por razón de la divinidad y la plenitud de gracia que redunda a los otros, y nosotros somos sus miembros, su merecimiento no es extraño a nosotros, sino que redunda en nosotros por la unidad del cuerpo místico.

II. Mas debe saberse que, aunque Cristo ha merecido suficientemente con su muerte en favor del género humano, debe buscar, sin embargo, cada uno los remedios de su propia salvación; pues la muerte de Cristo es como una causa universal de la salvación, como el pecado del primer hombre fue una causa universal de condenación. Pero es necesario que la causa universal sea aplicada especialmente a cada uno, para que participe del efecto de la causa universal. Así, pues, el efecto del pecado del primer hombre llega a cada uno por la generación de la carne; mas el efecto de la muerte de Cristo pertenece a cada uno por la regeneración espiritual, mediante la cual el hombre se une e incorpora, en cierto modo, a Cristo. Y por lo tanto, es necesario que cada cual sea regenerado por Cristo, y reciba todo aquello por lo cual obra la virtud de la muerte de Cristo.

Miércoles Segunda Semana

La Pasión de Cristo causó nuestra Salvación por modo de Satisfacción

Y él es propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo (1 Jn 2, 2).

I. Satisface propiamente por una ofensa el que da al ofendido lo que ama tanto, o más, como aborrece la ofensa. Pero Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo mayor que lo que exigía la compensación de toda la ofensa del género humano: 1º, por la grandeza de la caridad por la que padecía; 2º, por la dignidad de su vida, que daba en satisfacción, la cual era la vida de Dios hombre; 3º, por la generalidad de la pasión y la inmensidad del dolor.

Por lo tanto, la pasión de Cristo no sólo fue suficiente, sino sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano. Parece ser propio del que peca el satisfacer; pero la cabeza y los miembros son como una persona mística, por eso la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles como a miembros suyos. Además, en cuanto que dos hombres son uno solo en la caridad, uno puede satisfacer por el otro.

II. Aun cuando Cristo ha satisfecho suficientemente con su muerte por el pecado original, no es, sin embargo, inconveniente que las penalidades consiguientes al pecado original perduren todavía en todos los que se hacen participantes de la redención de Cristo. Pues esto se hizo adecuada y útilmente para que perdurase la pena, aun quitada la culpa.

1º) Para que existiese conformidad entre los fieles y Cristo, como entre los miembros y la cabeza. Por lo cual, así como Cristo sufrió primero muchos padecimientos y llegó de este modo a la gloria de la inmortalidad, así también es conveniente que sus fieles se sometieran primero a los padecimientos, y lleguen de este modo a la inmortalidad, llevando, por decirlo así, en sí mismos las insignias de la Pasión de Cristo, a fin de alcanzar la semejanza de su gloria.

2º) Porque, si los hombres, que se acercan a Cristo, alcanzaran inmediatamente la inmortalidad y la impassibilidad, muchos hombres se acercarían a Cristo por estos beneficios corporales, más bien que a causa de los bienes espirituales; lo cual es contra la intención de Cristo, que vino al mundo para trasladar a los hombres del amor de las cosas corporales a las espirituales.

3º) Porque si los que se acercan a Cristo al instante se convirtieran en impassibles e inmortales, esto obligaría en cierto modo a los hombres a recibir la fe de Cristo, y así se disminuiría el merecimiento de la fe.

Jueves Segunda Semana

La Pasión de Cristo obró a modo de Sacrificio

I. Se llama propiamente sacrificio una cosa hecha en honor de Dios con el fin de aplacarlo, y de ahí viene lo que dice San Agustín: "El verdadero sacrificio es toda obra que se hace para unirnos a Dios en santa hermandad, esto es, referida a aquel fin del bien con el que podemos ser verdaderamente bienaventurados". Pero Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros en la Pasión; y el hecho mismo de haber sufrido voluntariamente la Pasión fue en gran manera acepto a Dios, como proveniente de máxima caridad. Por lo cual es evidente que la Pasión de Cristo fue un verdadero sacrificio. Como el mismo añade después: "Múltiples y diversos signos de este verdadero sacrificio fueron los antiguos sacrificios de los santos, siendo figurado éste solo por muchos, como cuando con muchas palabras se designa una cosa para recomendarla mucho sin fastidio". "A fin de que, como en todo sacrificio se consideran cuatro cosas, agrega San Agustín, a saber: a quién se ofrece, quién lo ofrece, qué se ofrece, y por quiénes se ofrece, el uno, mismo y verdadero mediador, reconciliándonos con Dios por el sacrificio de paz, permaneciese siendo uno con aquél a quien ofrecía, se hiciese uno en sí con aquéllos por quienes se ofrecía, y fuese uno mismo el que ofrecía y lo que ofrecía."

II. En los sacrificios de la ley antigua, que eran figuras de Cristo, nunca se ofrecía carne humana, pero de ahí no se sigue que la Pasión de Cristo no haya sido un sacrificio. Pues aun cuando la verdad corresponde a la figura con relación a algo, pero no con relación a todo, es preciso, pues, que la verdad exceda a la figura. Y por eso, convenientemente, la figura de éste sacrificio, por el que se ofrece por nosotros la sangre de Cristo, fue la carne, no de los hombres, sino de otros animales que significan la carne de Cristo, la cual es el sacrificio perfectísimo.

1º) Porque, siendo carne de la naturaleza humana, es ofrecida convenientemente por los hombres, y tomada por ellos bajo la forma de sacramento.

2º) Porque, siendo pasible y mortal, era apta para la inmolación.

3º) Porque, estando sin pecado, era eficaz para purificar los pecados.

4º) Porque, siendo la carne del mismo oferente, era grata a Dios a causa de la inefable caridad del que ofrecía su carne.

Por eso dice San Agustín (De Trinit., loc. cit): "¿Qué cosa sería tomada tan convenientemente de los hombres, para ofrecer por ellos, como la carne humana; y qué cosa tan apta para esta inmolación como la carne mortal? ¿Qué cosa más pura, para purificar los vicios de los mortales, que la carne nacida en el seno y del seno de una virgen sin el contagio de la concupiscencia carnal? ¿Y qué podría ofrecerse y recibirse tan gratamente como la carne de nuestro sacrificio, convertida en cuerpo de nuestro sacerdote?"

Viernes Segunda Semana

Fiesta de la Sábana Santa

Y tomando José el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo (Mt 27, 59-60).

I. Por esta sábana se simbolizan misteriosamente tres cosas:

1º) La carne inmaculada de Cristo. Pues la sábana se hace de lino que se vuelve blanco al ser muy oprimido, del mismo modo que la carne de Cristo llegó al candor de la resurrección por muchas vejaciones, como dice San Lucas: Así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos (Luc 24, 46).

2ª) Se significa la Iglesia que no tiene mancha ni arruga. Y esto se expresa por el lienzo tejido de diversos hilos.

3º) Se expresa la conciencia limpia, donde Cristo reposa.

II. Y lo puso en un sepulcro suyo, nuevo. Dice primero que era suyo. Era muy conveniente que quien murió por los pecados de otros, fuese sepultado en un sepulcro de otros.

Además dice que era nuevo, porque si otros cuerpos hubiesen sido colocados allí, se hubiera ignorado quién fue el que resucitó. Otra razón es que quien había nacido de una virgen intacta, fuese convenientemente sepultado en un sepulcro nuevo, de modo que así como ninguno existió en el seno de María antes que él ni después de él, del mismo modo ocurriera en el sepulcro. Y también para dar a entender que Cristo está escondido por la fe en el alma renovada: Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones (Ef 3, 17).

Y se añade: En aquel lugar, en donde fue crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro, en el que aún no había sido puesto alguno (Jn 19, 41). Debe advertirse que Cristo fue apresado en un huerto, padeció en un huerto y fue sepultado en un huerto, para significar que por la virtud de su Pasión nos libra del pecado que Adán cometió en un huerto de delicias, y que por él es consagrada la Iglesia, que es como huerto cerrado.

Sábado Segunda Semana

La Pasión de Cristo obró nuestra Salvación por modo de Redención

Dícese (1 Ped 1, 18): *Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas percederas, sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero immaculado y sin mancilla. Y el Apóstol, a los Gálatas: Jesucristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (3, 13). Se dice que se hizo maldición por nosotros, en cuanto que padeció por nosotros en el madero de la Cruz. Luego nos redimió por su Pasión.*

De dos maneras estaba obligado el hombre por el pecado:

1º) Por la esclavitud del pecado, pues todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado (Jn 8, 34); y porque todo aquél que fue vencido, queda cautivo del que lo venció (2 Ped 2, 19). Si, pues, el diablo había vencido al hombre, induciéndole al pecado, el hombre quedó sujeto a la servidumbre del diablo.

2º) En cuanto al reato de la pena, por el cual el hombre estaba obligado a la justicia de Dios; y esto es también cierta servidumbre; pues es verdadera servidumbre que el hombre padezca lo que no quiere, siendo propio del hombre libre hacer uso de sí mismo como quiere.

Mas porque la Pasión de Cristo fue satisfacción suficiente y sobreabundante por el pecado y reato de la pena del género humano, su Pasión fue como cierto precio, por el cual hemos sido librados de ambas obligaciones; pues la misma satisfacción por la que uno satisface por sí o por otro, se considera como cierto precio, con el cual se redime a sí mismo o a otro del pecado y de la pena, conforme a aquello de Daniel: Redime tus Pecados con limosnas (Dan 4, 24). Mas Cristo satisfizo, no ciertamente dando dinero o cosa semejante, sino dando lo que fue más grande, esto es, a sí mismo por nosotros. Y por eso se dice que la Pasión de Cristo fue nuestra redención.

Pecando el hombre estaba obligado a Dios y al diablo. En cuanto a la culpa, había ofendido a Dios y se había sometido al diablo, consintiendo con él; de donde por razón de la culpa no se había hecho siervo de Dios, sino que más bien había incurrido en la servidumbre del diablo, apartándose del servicio de Dios; lo cual fue permitido por Dios justamente a causa de la ofensa cometida contra él. Pero en cuanto a la pena, el hombre había sido obligado principalmente a Dios como a soberano juez; y al diablo como a verdugo, según aquello: No sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro (Mt 5, 25), esto es, al ángel cruel de las penas. Así, pues, aun cuando el diablo, en cuanto de él dependía, retenía injustamente bajo su servicio al hombre, engañado por su fraude, no solamente en cuanto a la culpa sino también en cuanto a la pena, era, sin embargo, justo que el hombre lo padeciese, por permisión divina en cuanto a la culpa, y por disposición de Dios en cuanto a la pena. Y, por consiguiente, con respecto a Dios, exigía la justicia que el hombre fuese redimido, pero no con respecto al diablo. Y el precio no debía pagarse al diablo, sino a Dios.

Tercera Semana

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

TERCERA SEMANA

Esta semana trabajaremos nuestra voluntad de una forma concreta: ayuno de redes sociales. Puede que hoy en día sea uno de los retos más grandes para muchos, estamos acostumbrados a revisar las redes día y noche. Aunque no nos demos cuenta, esto muchas veces nos aleja de hacer otras cosas y compartir con quienes nos rodean. Nos distraemos y alejamos de lo más importante: servir en casa. Si te cuesta mucho, ofrécele por alguna intención que tengas en tu corazón.

Los ejercicios para esta semana son:

1. Esta semana procuremos agarrar máximo 1h al día el celular y aprivechemos el tiempo sin redes para estar en familia, leer un libro que me ayude en mi fe o conversar con Jesús y María.
2. En el tiempo que uses tus redes, procura evangelizar. Comparte alguna reflexión, el Evangelio diario o alguna frase para este tiempo de cuaresma. ¡Aprovechemos este espacio para hacerle más conocido!

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Domingo Tercera Semana

La Pasión de Cristo nos libró del pecado

Nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc 1, 5).

La Pasión de Cristo es la causa propia del perdón de los pecados, de tres maneras:

1.º) Excitando a la caridad, porque como dice el Apóstol: Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros (Rom 5, 8-9). Mas por la caridad conseguimos el perdón de los pecados, según aquello: Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho (Luc 7, 47).

2.º) La Pasión de Cristo causa el perdón de los pecados por modo de redención. Pues, como él es nuestra cabeza, por la Pasión, que sufrió por caridad y obediencia, nos libró de los pecados como a miembros suyos, por el precio de su Pasión; como si un hombre, mediante alguna obra meritoria que ejerciere con sus manos, se redimiese de los pecados que cometió con los pies; pues así como un cuerpo natural es uno solo, compuesto de diferentes miembros, así toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, se computa como una sola persona con su cabeza, que es Cristo.

3.º) Por modo de causa eficiente, por cuanto la carne, según la cual Cristo sufrió la Pasión, es instrumento de la divinidad, y por lo tanto sus pasiones y acciones son ejecutadas por virtud divina para expulsar el pecado. Ciertamente Cristo nos libró de los pecados con su Pasión como por una causa, esto es, instituyendo la causa de nuestra liberación, de modo que por ella pudiesen ser perdonados todos los pecados pasados, presentes y futuros; como si un médico confeccionase una medicina con la cual pudieran curarse cualesquiera enfermedades, aun en el futuro.

Mas, puesto que la Pasión de Cristo precedió como cierta causa universal del perdón de los pecados, es necesario que sea aplicada a cada uno para borrar los pecados propios. Esto se hace por el bautismo, la penitencia y otros sacramentos que reciben la virtud de la Pasión de Cristo.

También por la fe se nos aplica la Pasión de Cristo para percibir su fruto, según aquello: A quien Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre (Rom 3, 25). Mas la fe por la que somos purificados del pecado, no es la fe informe que puede existir con el pecado, sino la fe informada por la caridad; para que de ese modo nos sea aplicada la Pasión de Cristo, no solamente en cuanto al entendimiento, sino también en cuanto a la voluntad y la parte afectiva. Y por este modo se perdonan también los pecados por virtud de la Pasión de Cristo.

Lunes Tercera Semana

La Pasión de Cristo nos libró del poder del diablo

Cuando ya estaba próxima la Pasión, dijo el Señor: Ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo (Jn 12, 31-32). Fue alzado de la tierra por la Pasión de la Cruz. Luego por ella fue despojado el diablo del poder que tenía sobre los hombres. Acerca del poder que el diablo ejercía en los hombres antes de la Pasión de Cristo deben considerarse tres cosas:

Primero, por parte del hombre, que mereció, por su pecado, ser entregado al poder del diablo, por cuya tentación había sido vencido. Segundo, por parte de Dios, a quien el hombre había ofendido pecando, y el cual, por su justicia, había abandonado al hombre al poder del diablo. En tercer lugar, por parte del diablo, que por su depravada voluntad impedía al hombre lograr la salvación.

Respecto a lo primero, el hombre fue librado del poder del diablo por la Pasión de Cristo, en cuanto que ésta es causa del perdón de los pecados. Respecto a lo segundo, la Pasión de Cristo nos libró de la potestad del diablo, en cuanto que nos reconcilió con Dios. Y respecto a lo tercero, la Pasión de Cristo nos libró del poder del diablo, en cuanto que la Pasión de Cristo excedió el modo de la potencia que Dios le ha dado, trabajando para que muriese Cristo, que no merecía la muerte, ya que no tenía pecado. Por esta razón dice San Agustín: "El diablo fue vencido por la justicia de Cristo; porque no encontrándose cosa alguna digna de muerte, sin embargo, le mató. Por tanto es justo que quedasen libres los deudores que tenía creyendo en aquel a quien mató sin que debiese nada."

Es cierto que también ahora el diablo tiene poder sobre los hombres; porque, permitiéndolo Dios, puede tentarlos en lo que atañe al alma, y atormentarlos en lo que atañe al cuerpo; y sin embargo, la Pasión de Cristo ha preparado al hombre el remedio con el cual puede defenderse contra los ataques del enemigo, para no caer en el abismo de la muerte eterna; y cualesquiera de los que antes de la Pasión de Cristo resistían al diablo, podían hacerlo por la fe en la Pasión de Cristo, aun cuando todavía ésta no se había consumado. Mas en alguna cosa, no obstante, nadie podía escapar de las manos del diablo, esto es, de no bajar al infierno, del cual, después de la Pasión de Cristo, pueden defenderse los hombres, por virtud de él.

También es verdad que Dios permite al diablo engañar a los hombres en ciertas personas, tiempos y lugares, según la razón oculta de sus designios, como ocurrirá en tiempos del Anticristo; sin embargo, por la Pasión de Cristo, siempre está preparado a los hombres el remedio por el que pueden defenderse de las maldades de los demonios, aun en el tiempo del Anticristo. Mas si algunos descuidan usar de ese remedio, en nada se menoscaba la eficacia de la Pasión de Cristo.

Martes Tercera Semana

Cristo, Verdadero Redentor

Habéis sido rescatados... por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado (1 Ped 18-19).

Por el pecado del primer padre todo el género humano se había separado de Dios, como dice San Pablo a los de Éfeso (2, 12), pero no del poder de Dios, sino de la visión del rostro de Dios, a la que son admitidos los hijos y domésticos. Por otra parte, habíamos venido a caer bajo el poder usurpado del diablo, al cual el hombre se había sometido prestándole consentimiento en cuanto de él dependía, no obstante que el hombre no podía darse a otro, pues no era suyo, sino de otro.

Por consiguiente, Cristo hizo dos cosas mediante su Pasión; porque nos libró del poder del enemigo, vencéndolo por medios contrarios a los empleados en la victoria sobre el hombre, es decir, por la humildad, la obediencia y la austeridad de la pena que se opone al deleite del manjar prohibido. Y satisfaciendo además por la culpa, los unió a Dios y los hizo domésticos e hijos de Dios.

De aquí que esta liberación tuviera dos caracteres de compra. Porque en cuanto nos arrebató del poder del diablo, se dice que Cristo nos redimió; así como un rey rescata con los sufrimientos de la guerra el reino ocupado por el adversario. Pero en cuanto aplacó a Dios en favor nuestro, se dice que nos redimió, pagando el precio de su satisfacción por nosotros, a fin de librarnos de la pena y del pecado. Mas no ofreció el precio de su sangre al diablo, sino a Dios, para satisfacer por nosotros; y nos arrancó de las manos del diablo por la victoria de su Pasión.

Y aun cuando el diablo nos había usurpado injustamente, nosotros, sin embargo, vinimos a caer justamente en su poder, desde que fuimos vencidos por él; y por eso fue también necesario que él mismo fuese vencido por procedimientos contrarios a aquéllos por los que nos había vencido, pues no venció violentamente, sino induciéndonos fraudulentamente al pecado. Pero debe decirse que la repetición de la palabra "redimir" no se refiere al acto de compra, como si ya otras veces hubiésemos sido comprados, sino al término del acto, porque en otro tiempo en el estado de inocencia habíamos sido suyos; ya que comprar es hacer suya una cosa. O bien se puede decir que la redención se refiere a aquella venta por la cual habíamos sido vendidos al diablo al consentir en el pecado, y de la cual se origina esta segunda compra.

Miércoles Tercera Semana

Precio de Nuestro Rescate

Comprados fuisteis por grande precio (1 Cor 6, 20).

La injuria o sufrimiento de alguno se mide por la dignidad de la persona; pues mayor injuria sufre el rey, si es herido en el rostro, que una persona particular. En Cristo la dignidad de la persona es infinita, porque es una persona divina. Luego cualquier sufrimiento suyo, por mínimo que sea, es infinito. De ahí que cualquier sufrimiento suyo bastara para la redención del género humano, aun sin la muerte.

San Bernardo dice, además, que una mínima gota de la sangre de Cristo era suficiente para la redención del género humano. Ahora bien: una gota de la sangre de Cristo podía ser derramada sin la muerte; luego también era posible redimir al género humano por algún sufrimiento sin que Cristo muriese.

Dos cosas se requieren para hacer una compra: la cantidad del precio y su destino para la adquisición de algo. Porque si uno da un precio no equivalente para adquirir alguna cosa, no se dice en este caso que haya compra, hablando propiamente, sino en parte compra y en parte donación. Por ejemplo: si uno compra por diez pesos un libro que vale veinte, en parte compra el libro y en parte se le regala. Además, si da un precio mayor y no lo destina a la compra del libro, no se puede decir que compra el libro.

Así, pues, si hablamos del rescate del género humano en cuanto a la cantidad del precio, cualquier padecimiento de Cristo, aun sin la muerte, hubiera bastado, a causa de la dignidad infinita de la persona. Pero si hablamos del destino del precio, entonces hay que decir que los demás padecimientos de Cristo, sin la muerte, no fueron destinados al rescate del género humano por Dios Padre y por Cristo. Y esto por tres razones:

1º) Para que el precio de la redención del género humano no solamente fuese infinito por razón del valor, sino para que fuese también del mismo género, es decir, para que nos librase de la muerte por medio de la muerte.

2º) Para que la muerte de Cristo no fuese únicamente precio de rescate, sino también ejemplo de virtud, esto es, para que los hombres no temiesen morir por la verdad. El Apóstol señala estas dos causas, diciendo: Para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo (en cuanto a lo primero); y para librar a aquéllos que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida (en cuanto a lo segundo) (Hebr 2, 14-15).

3º) Para que la muerte de Cristo fuese además un sacramento de salvación; si nosotros, por virtud de la muerte de Cristo, morimos al pecado, a las concupiscencias carnales y al amor propio. Esta causa la señala el Apóstol San Pedro: También Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo, a la verdad, muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu (1 Ped 3, 18).

Por lo tanto, el género humano no fue redimido por otra pasión sin la muerte de Cristo. Pero en realidad, Cristo, no solamente dando su vida, sino también padeciendo cualquier sufrimiento, habría pagado un precio suficiente por la redención del género humano, si el menor padecimiento hubiese sido divinamente destinado para ello, y esto, a causa de la dignidad infinita de la persona de Cristo.

Jueves Tercera Semana

Predicación de la Samaritana

La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fue a la ciudad (Jn 4, 28).

Esta mujer, después de haber sido instruida por Cristo, tomó el oficio de los Apóstoles. Tres cosas se señalan que pueden colegirse de sus dichos y hechos:

I. El afecto de devoción, que se manifiesta de dos maneras:

En primer lugar, porque a causa de la intensidad de su devoción, como olvidada de aquello por lo que especialmente había venido a la fuente, abandonó el agua y el cántaro. Refiriéndose a ello dice (la Escritura) que la mujer dejó su cántaro y se fue a la ciudad, para anunciar las grandezas de Cristo, sin preocuparse de la ventaja corporal por la utilidad de los demás, en la cual sigue el ejemplo de los Apóstoles que, dejadas las redes, siguieron al Señor (Mc 1, 18). Por el cántaro se entiende la concupiscencia del siglo, por la que los hombres sacan las voluptuosidades de lo profundo de las tinieblas, de lo cual es imagen el pozo, esto es, de la vida terrena. Por eso, los que abandonan, por amor de Dios, las concupiscencias del siglo, abandonan el cántaro.

En segundo lugar, su afecto se manifiesta por la multitud de aquellos a quienes anuncia, porque no a uno solamente, o a dos o tres, sino a toda la ciudad. Por eso se dice y se fue a la ciudad.

II. El modo de su predicación. Y dijo a aquellos hombres: Venid y ved a un hombre (Jn 4, 28-29).

1º) Invita a ver a Cristo: Venid y ved a un hombre. No dijo al instante que fuesen a ver a Cristo, para no darles ocasión de blasfemar, sino que primero dijo de Cristo cosas que eran creíbles y a simple vista, a saber: que era hombre. Ni dijo "creed", sino venid y ved, pues sabía que, si gustaban de aquella fuente, viéndolo, experimentarían las mismas cosas que ella; y ella imita el ejemplo del verdadero predicador, que llama a los hombres, no para sí, sino para Cristo.

2º) Da una prueba de la divinidad de Cristo, cuando dice: Que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho (Jn 4, 29), es decir, que había tenido muchos maridos. No se avergonzó de referir las cosas que eran para su confusión, porque habiendo sido inflamada su alma en el fuego divino, no atiende a ninguna de las cosas que son de la tierra, ni a la gloria, ni a la vergüenza, sino únicamente a aquella llama que la retiene.

3º) Sacó por consecuencia la majestad de Cristo, diciendo: ¿Si quizá es éste el Cristo? (Ibíd. 29). No se atrevió a decir que era el Cristo, para que no pareciese que quería enseñar a los otros, y, airados éstos por ello, no quisiesen ir a verlo. Tampoco lo calló totalmente, sino que lo propuso como pregunta, como confiándolo al juicio de ellos, pues éste es el procedimiento más fácil para persuadir.

III. El fruto de la predicación. Salieron entonces de la ciudad, y vinieron a él (Jn 4, 30). En esto se da a entender que si queremos ir a Cristo, es necesario salir de la ciudad, esto es, abandonar el amor de la concupiscencia carnal. Salgamos, pues, a él fuera de los reales (Hebr 13, 13).

Viernes Tercera Semana

Por la Pasión de Cristo fuimos librados de la pena del pecado

En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y él cargó con nuestros dolores (Is 53, 4).

La Pasión de Cristo nos libró del reato de la pena, de dos maneras: 1º, directamente, puesto que la Pasión de Cristo fue una satisfacción suficiente y superabundante por los pecados de todo el género humano, y dada la satisfacción suficiente, se quita el reato de la pena; 2º, indirectamente, por cuanto la Pasión de Cristo es causa del perdón del pecado, en el que se funda el reato de la pena.

Los condenados no fueron librados por la Pasión de Cristo, porque ésta surte su efecto en aquellos a quienes se aplica por la fe, la caridad y los sacramentos de la fe. Por lo tanto, los condenados en el infierno, que no se unen a la Pasión de Cristo del modo indicado, no pueden percibir su efecto.

Y aun cuando hayamos sido librados del reato de pena, sin embargo a nosotros, penitentes, se impone pena satisfactoria; porque, para que consigamos el efecto de la Pasión de Cristo, es preciso configurarnos a él. Pero nos configuramos a él en el bautismo sacramentalmente, según aquello: Porque somos sepultados en él, en muerte, por el bautismo (Rom 6, 4). De ahí que a los bautizados no se impone ninguna pena satisfactoria, pues están totalmente librados por la satisfacción de Cristo. Mas puesto que Cristo una vez solamente murió por nuestros pecados, como se dice (I Ped 3, 18), por eso no puede el hombre configurarse segunda vez a la muerte de Cristo por el sacramento del bautismo. Por lo cual es necesario que los que pecan después del bautismo, se configuren a Cristo que padece por medio de alguna penalidad o sufrimiento que soporten en sí mismos.

Pero si la muerte, que es pena del pecado, subsiste todavía, esto es porque la satisfacción de Cristo tiene efecto en nosotros, en cuanto nos incorporamos a él, como los miembros a su cabeza; pero es necesario que los miembros se adapten a la cabeza. Y por consiguiente, así como Cristo tuvo primeramente la gracia en el alma, acompañada de la pasibilidad corporal, y por medio de la Pasión llegó a la gloria de la inmortalidad, así también nosotros, que somos sus miembros, somos librados por su Pasión del reato de cualquier pena; de tal modo, sin embargo, que primeramente recibimos en el alma el espíritu de adopción de hijos, por el que somos adscritos a la herencia de la gloria inmortal, teniendo todavía cuerpo pasible y mortal; mas después, configurados a los padecimientos y a la muerte de Cristo, somos llevados a la gloria inmortal, según aquello del Apóstol: Y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos también glorificados con él (Rom 8, 17).

Sábado Tercera Semana

Por la Pasión de Cristo fuimos Reconciliados con Dios

Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom 5, 10).

1. La Pasión de Cristo es causa de nuestra reconciliación con Dios, de dos modos: 1.^o, en cuanto remueve el pecado, por el que los hombres se constituyen en enemigos de Dios, según aquello: Y Dios aborrece igualmente al impío, y a su impiedad (Sab 14, 9), y (Sal 5, 7): Aborrece a todos los que obran iniquidad; 2.^o, en cuanto es un sacrificio muy acepto a Dios: pues, el efecto propio del sacrificio es aplacar a Dios por el mismo; del mismo modo que un hombre perdona la ofensa cometida contra él, por causa de un obsequio grato que se le ofrece. Por eso, se dice: Si el Señor te incita contra mí, recibe el olor de este sacrificio (I Rey 26, 19). Y así fue un bien tan grande el haber padecido Cristo voluntariamente por nosotros, que a causa de este bien encontrado en la naturaleza humana, ha sido aplacado Dios respecto de toda ofensa del género humano, con relación a los que se unen a Cristo paciente por la fe y la caridad.

No se dice que la Pasión de Cristo nos reconcilió con Dios, como si hubiera comenzado a amarnos de nuevo, pues está escrito en Jeremías (31, 3): Con amor perpetuo te amé; sino porque por la Pasión de Cristo ha sido quitada la causa del odio, ya por haber sido borrado el pecado, ya por la recompensa de un bien más aceptable.

II. La Pasión de Cristo por parte de los verdugos fue, ciertamente, causa de indignación. Pero fue mayor la caridad de Cristo al padecer que la iniquidad de los verdugos. Por eso la Pasión de Cristo es más eficaz para reconciliar con Dios a todo el género humano, que para provocar a ira.

El amor de Dios hacia nosotros se nos revela en sus efectos. Se dice que ama a algunos, en cuanto los hace partícipes de su bondad. Pero la suprema y más acabada participación de su bondad consiste en la visión de su misma esencia, en cuanto convivimos con él en buena armonía, como amigos, pues la bienaventuranza consiste en esa suavidad. Por eso se dice, sencillamente, que Dios ama a los que admite a esa visión, ya realmente, ya causalmente, como es manifiesto, en aquellos a quienes da el Espíritu Santo, como prenda de aquella visión. El hombre, por el pecado, fue desechado de esta participación de la bondad divina, es decir, de la visión de su esencia, y por eso se decía que el hombre estaba privado del amor de Dios. Se dice que Cristo nos reconcilió con Dios, porque satisfaciendo por nosotros con su Pasión, logró que los hombres fuésemos admitidos a la visión de Dios.

Cuarta Semana

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

CUARTA SEMANA

Esta semana trabajaremos en la devoción. Primero lo primero. A veces nos contentamos con escuchar misa los domingos y olvidamos que Dios nos espera todos los días con su palabra y ese banquete celestial, el regalo más grande. Esta semana escucharemos Misa diaria. Verás que cada día Dios tiene preparado para ti un mensaje especial.

Los ejercicios para esta semana son:

1. Haremos un espacio en nuestro agenda para escuchar misa al menos dos días más de la semana (además del domingo)
2. Tomaremos apuntes de la homilía para acercarnos mucho más a lo que Cristo quiera decirnos. Te permitirá vivir la Misa, y en concreto la homilía, de una manera distinta y profunda.

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Domingo Cuarta Semana

Cristo con su Pasión nos abrió la Puerta del Cielo

Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo.. (Hebr 10, 19).

La clausura de la puerta es un obstáculo que impide a los hombres la entrada. Pero los hombres son privados de la entrada en el reino celestial por causa del pecado, pues como se dice en Isaías (25, 8): Se llamará camino santo; no pasará por él hombre mancillado.

Hay dos clases de pecados que impiden la entrada en el reino celestial. Uno, común a toda la naturaleza humana, que es el pecado del primer padre; y por este pecado se cerraba al hombre la entrada en el reino celestial. Por esto se lee en el Génesis que, después del pecado del primer padre, delante del paraíso puso (Dios) Querubines, y espada que arrojaba llamas, y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida. Otro es el pecado particular de cada persona, que se comete por el acto propio de cada hombre.

Por la Pasión de Cristo fuimos librados no solamente del pecado común a toda la naturaleza humana, en cuanto a la culpa y en cuanto al reato de la pena, pagando él el precio por nosotros, sino también de los pecados propios de cada uno de los que participan de la Pasión de Cristo por medio de la fe, de la caridad y de los sacramentos de la fe. Y por eso la Pasión de Cristo nos abrió la puerta del reino celestial. Esto es lo que dice el Apóstol a los Hebreos (9, 11): estando Cristo ya presente, Pontífice de los bienes venideros... por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado una redención eterna. Y esto se presentaba figuradamente en los Números, donde se dice que el homicida se estará allí, esto es, en la ciudad en que se había refugiado, hasta que muera el sumo sacerdote; muerto el cual, podrá regresar a su casa (Num 35, 25).

Los santos padres, haciendo obras de justicia, merecieron entrar en el reino celestial por la fe en la Pasión de Cristo, según aquello del Apóstol: Los cuales por fe conquistaron reinos, obraron justicia (Hebr 11, 33); por ella también era purificado del pecado cada uno de ellos, respecto a la purificación de la propia persona. La fe o la justicia de alguno no bastaba, sin embargo, para remover el impedimento que provenía del reato de toda humana criatura. Ese reato fue realmente removido por el precio de la sangre de Cristo. Por eso, antes de la Pasión de Cristo, no podía ninguno entrar en el reino celestial y alcanzar la bienaventuranza eterna, que consiste en el pleno goce de Dios.

Cristo nos mereció con su Pasión la entrada en el reino celestial y removió el obstáculo; pero, por su ascensión, nos introdujo, por decirlo así, en la posesión del reino celestial. Por eso se dice que subirá delante de ellos el que les abrirá el camino (Miq 2, 13).

Lunes Cuarta Semana

Cristo mereció, por su Pasión, ser ensalzado

Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios también lo ensalzó (Filip 2, 8).

El mérito importa cierta igualdad de justicia; por lo cual dice el Apóstol que al que obra, no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda (Rom 4, 4). Pero cuando alguno, por su injusta voluntad, se atribuye más de lo que se le debe, es justo se le disminuya también en lo que se le debía; así cuando uno roba una oveja, pagará cuatro, como se dice en el Éxodo. Y se dice que eso lo merece para que por ello sea castigada su inicua voluntad. Así también, cuando uno por justa voluntad se sustrajo a sí mismo lo que debía tener, merece que se le anada más, como recompensa de esa justa voluntad. Por eso se dice: El que se humilla, será ensalzado (Lc 14, 11). Pero Cristo en su Pasión se humilló a sí mismo por debajo de su dignidad de cuatro maneras:

- 1.º) En cuanto a la pasión y a la muerte, de la cual no era deudor.
- 2.º) En cuanto al lugar, porque su cuerpo fue colocado en el sepulcro y su alma en el infierno.
- 3.º) En cuanto a la confusión y a los oprobios: que sobrellevó.
- 4.º) En cuanto fue entregado a la potestad humana, como él mismo dijo a Pilatos: No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba (Jn 19, 11).

Por eso mereció por su Pasión ser ensalzado en cuatro cosas:

- 1.º) En la resurrección gloriosa; y así se dice en el salmo (138, 1): Tú conociste mi sentarme, esto es, la humildad de mi Pasión, y mi levantarme.
- 2.º) En la ascensión a los cielos. Por eso dice el Apóstol: Y que subió ¿qué es, sino porque, antes había descendido a los lugares más bajos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos (Ef 4, 9-10).
- 3.º) En que está sentado a la diestra del Padre y ha manifestado su divinidad, según aquello de Isaías: Ensalzado y elevado será, y sublimado en gran manera. Como muchos se pasmaran sobre ti, así será sin gloria su aspecto entre varones (52, 13-14). Y el Apóstol dice a los Filipenses (2, 8-10): Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó, y le dio un nombre, que es sobre todo nombre, es decir: para que sea llamado Dios por todos y todos le tributen reverencia como a Dios. Y esto es lo que se anade: Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos.
- 4.º) En la potestad judicial, porque se dice en Job: Tu causa ha sido juzgada como la de un impío; ganarás la causa y sentencia (Job 36, 17).

Martes Cuarta Semana

Ejemplo de Cristo Crucificado

Cristo tomó la naturaleza humana para reparar la caída del hombre. Fue, por lo tanto, necesario que Cristo padeciese y ejecutase según la naturaleza humana todo aquello que puede darse como remedio contra la caída del pecado.

El pecado del hombre consiste en que el hombre se da a los bienes corporales, y abandona los bienes espirituales. Fue, así, conveniente que el Hijo de Dios, por lo que hizo y padeció en la naturaleza humana que había tomado, se mostrase tal que los hombres tuviesen por nada los bienes y los males temporales, y no se diesen menos intensamente a los bienes espirituales, impedidos por el desordenado afecto hacia los temporales. Por eso eligió Cristo padres pobres pero perfectos en virtud, para que nadie se gloriase de la sola nobleza de la carne y de las riquezas de los padres. Llevó vida pobre, para enseñarnos a despreciar las riquezas. Vivió privado de dignidades, para apartar a los hombres del apetito desordenado de los honores. Padeció trabajos, sed, hambre y azotes del cuerpo, para que los hombres, tentados por las delicias y voluptuosidades, no se desviasen del bien de la virtud a causa de las asperezas de esta vida. Sufrió, por último, la muerte, para que no abandonasen algunos la verdad, por el temor de la muerte. Y para que nadie temiese padecer muerte ignominiosa por la verdad, eligió el género de muerte más ignominioso, esto es, la muerte de cruz.

Fue, también, conveniente que el Hijo de Dios hecho hombre sufriese la muerte, para excitar a los hombres con su ejemplo a la virtud, a fin de que de este modo fuera verdad lo que dice San Pedro: Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas (I Ped 2, 21) (Contra Armen. Sarac., VII)

Mas Cristo padeció por nosotros, dejando ejemplo de tribulación, de afrentas, de azotes, de cruz, para que sigamos sus pisadas. Si sufriéremos tribulaciones y padecimientos por Cristo, reinaremos también con él en la eterna bienaventuranza. A este respecto dice San Bernardo: "Qué pocos, Señor, quieren ir detrás de ti, siendo así que no hay nadie que no quiera llegar a ti, sabiendo todos que los deleites están a tu diestra hasta el fin; por eso todos quieren gozarte, pero no quieren imitarte de la misma manera; desean reinar contigo, pero no sufrir contigo; no se cuidan de buscar, a quien, sin embargo, desean hallar, ansiando conseguir, pero no seguir."

Miércoles Cuarta Semana

El Amigo Divino

Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor, he aquí que el que amas está enfermo (Jn 11,3).

Tres cosas se ofrecen aquí a nuestra consideración:

La primera, que los amigos de Cristo son a veces afligidos corporalmente, Por esto no es una señal de que uno no es amigo de Dios, si alguna vez es afligido corporalmente, como arguyó erróneamente Elifaz contra Job: Recapacita, te ruego, ¿qué inocente pereció jamás, o cuándo los justos fueron destruidos? (Job 4, 7) Por eso dicen (las hermanas de Lázaro): he aquí que el que amas está enfermo. Y en los Proverbios se lee: Al que ama el Señor, lo castiga, y se complace en él, como un padre en su hijo (3,12).

La segunda cosa es que no dicen: "Señor, ven, sánalo"; sino únicamente exponen la enfermedad, diciendo: Está enfermo. En lo cual se indica que basta al amigo exponer solamente la necesidad, sin añadir ninguna petición; porque el amigo, cuando quiere el bien de su amigo como el suyo propio, así como es solícito para repeler su mal, del mismo modo lo es también para repeler el mal de su amigo. Y esto es principalmente verdadero en aquel que ama verdaderamente: Guarda el Señor a todos los que le aman. (Sal 144, 20)

La tercera es que, deseando estas dos hermanas la curación de su hermano enfermo, no se llegaron personalmente a Cristo, como el paralítico y el centurión, y esto por la confianza que tenían con Cristo, por el amor especial y la familiaridad que Cristo les había mostrado; y tal vez el llanto las detenía, como dice San Juan Crisóstomo: Si fuera firme el amigo, dice el Eclesiástico, será para ti como un igual, y obrará con confianza en tus cosas domésticas.

Jueves Cuarta Semana

La Muerte de Lázaro

I. *Lázaro, nuestro amigo, duerme (Jn 11, 11).*

Amigo, esto es: por los muchos beneficios y obsequios que nos prestó, y por eso no debernos faltarle en la necesidad.

Duerme. Por lo que es necesario socorrerlo. El hermano se experimenta en las angustias (Prov 17, 17) Duerme, repito, como dice San Agustín: "Dormía para el Señor, pero estaba muerto para los hombres, que no podían resucitarlo". El *sueno* se entiende de diversas maneras: por el *sueno* natural, por la negligencia, por el *sueno* de la culpa, por el descanso de la contemplación, por el reposo de la gloria futura, y a veces por la muerte, como lo emplea el Apóstol: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza (1 Tes 4, 12).

Pero la muerte se llama *sueno* a causa de la esperanza de la resurrección, y por lo tanto la muerte suele ser llamada "dormición", desde el tiempo en que Cristo murió y resucitó: Yo dormí, y tuve profundo *sueno* (Sal 3, 6).

Mas voy a despertarle del sueno (Jn 11, 11). En esto da a entender Jesús que con la misma facilidad podía resucitar a Lázaro del sepulcro que despertar al que duerme en el lecho. Lo cual no es de admirar, porque él es el que resucita a los muertos y les da la vida. Por eso dice él mismo: Viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios (Jn 5, 28).

II. Vayamos a él. En lo cual se muestra la clemencia de Dios, puesto que, no pudiendo los hombres acercarse por sí mismos a él en estado de pecado y como muertos, los atrae misericordiosamente previniéndolos, conforme a lo que se dice en Jeremías: Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia (31, 3).

III. Vino, pues, Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro (Jn 11, 17) Según San Agustín, Lázaro, muerto de cuatro días, representa al hombre pecador retenido por la muerte de cuatro pecados: 1.º, del pecado original; 2.º, el pecado actual contra la ley natural; 3.º, el pecado actual contra la ley escrita; 4.º, el pecado actual contra la ley del Evangelio y de la gracia. O, de otro modo, el primer día es el pecado del corazón: Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos (Is 1, 16) El segundo día es el pecado de boca: Ninguna palabra mala salga de vuestra boca (Ef 4, 29).

El tercer día es el pecado de obra, del cual dice Isaías: Cesad de obrar perversamente (Is 1, 16) El cuarto día es el pecado de la costumbre perversa. Como quiera que se exponga, el Señor sana alguna vez a los muertos que tienen cuatro días, es decir, a los que quebrantan la ley del Evangelio, y a los retenidos por la costumbre del pecado.

Viernes Cuarta Semana

La Preciosísima Sangre del Señor

I. Por la sangre de Cristo fue confirmado el nuevo Testamento. Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre (1 Cor 11, 25)

La palabra testamento se emplea de dos maneras:

1º) Comúnmente por todo pacto. En este sentido Dios concertó dos pactos con el género humano: prometiéndole bienes temporales y librándolo de males temporales, lo cual se llama antiguo testamento; y prometiendo bienes espirituales y librando de los males opuestos a ellos, lo cual se llama nuevo testamento. Haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá; no según el pacto que hice con los padres de ellas, en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto... Mas éste será el pacto... Pondré mi ley en las entrañas de ellos... y yo seré su Dios (Jer 31, 31-33) Había entre los antiguos la costumbre de derramar la sangre de alguna víctima para confirmar el pacto. De este modo Moisés tomó la sangre y la esparció sobre el pueblo y dijo: Ésta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros (Gen 24, 8) Por lo tanto, así como el antiguo testamento o pacto fue confirmado con la sangre figurativa de los toros, del mismo modo el nuevo testamento o pacto fue confirmado con la sangre de Cristo, que fue derramada por la Pasión.

2º) En su segunda acepción la voz testamento se toma más restringidamente por la disposición de la herencia que ha de percibirse. Tomado así el testamento, no se confirma sino por la muerte, pues como dice el Apóstol: Porque el testamento no tiene fuerza sino por la muerte; de otra manera no vale mientras que vive el que hizo el testamento (Hebr 9, 17) Dios había tomado primeramente disposición acerca de la herencia eterna, mas bajo la figura de los bienes temporales, lo cual pertenece al antiguo testamento. Posteriormente hizo el nuevo testamento prometiendo expresamente la herencia eterna, lo cual fue confirmado efectivamente por la sangre de la muerte de Cristo. Por consiguiente, dijo el Señor acerca de esto: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, como si dijese: Por lo que se contiene en este cáliz, se conmemora el nuevo testamento, confirmado por la sangre de Cristo. (In I Cor., XI)

II. Otras utilidades de la sangre de Cristo:

1º) La purificación de nuestros pecados e inmundicias. Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc 1, 5).

2º) Nuestra redención. Nos has redimido para Dios en tu sangre (Ibíd.5, 9)

3º) Nuestra reconciliación con Dios y con los ángeles. Pacificando por la sangre de su cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo (Col 1, 20).

4º) La bebida y embriaguez de los que la toman. Bebed de éste todos (Mt 26, 27). Para que bebiera sangre purísima de uva (Deut 32, 14).

5º) Apertura de la puerta celestial. Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo (Hebr 10, 19), esto es, la oración continua por nosotros ante Dios. Porque todos los días la sangre clama al Padre por nosotros. Os habéis llegado... a la aspersion de la sangre, que habla mejor que la de Abel (Hebr 12, 22.29). La sangre de Abel clamó venganza, la sangre de Cristo pide indulgencia.

6º) Sacar del infierno a los santos. Tú también por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hay agua (Zac 9, 11)

Sábado Tercera Semana

No existió otro modo más conveniente que La Pasión de Cristo para liberar al género humano

Algún modo es tanto más conveniente para conseguir un fin, cuanto por el mismo concurren mayor número de cosas que son ventajosas para ese fin. Mas por el hecho de haber sido liberado el hombre por la Pasión de Cristo, concurren muchas cosas pertenecientes a la salvación del hombre, además de la liberación del pecado.

1º) Porque por esto conoce el hombre cuánto le ama Dios, y por ello es excitado a amar a aquél en el que consiste la perfección de la salvación humana; por lo cual dice el Apóstol: Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros (Rom 5, 8).

2º) Porque por esto nos dio ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y demás virtudes, manifestadas en la Pasión de Cristo, las cuales son necesarias para la salvación humana. Por eso se dice: Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas (I Ped 2, 21).

3º) Cristo, por medio de su Pasión, no sólo libró al hombre del pecado, sino también le mereció la gracia justificante y la gloria de la bienaventuranza.

4º) Por esto impuso en el hombre mayor necesidad de conservarse libre del pecado, al pensar que ha sido redimido del pecado por la sangre de Cristo, como dice el Apóstol: Comprados fuisteis por grande precio. Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo (I Cor 6, 20).

5º) Porque esto redundó en mayor dignidad de Cristo, de modo que, así como el hombre había sido vencido y engañado por el diablo, así también fuese el hombre quien venciese al diablo; y así como el hombre mereció la muerte, del mismo modo el hombre venciese a la muerte muriendo. Por eso se dice: Gracias a Dios, que nos dio la victoria por nuestro Señor Jesucristo (Cor 15, 57).

Quinta Semana

Ofrecimiento Semanal

Preparamos nuestro corazón y lo volteamos a Jesús en nuestro día a día

QUINTA SEMANA

Esta semana trabajaremos de la mano de María. Se la dedicaremos a nuestro Madre del cielo, la acompañaremos con esa oración que pide tanto al mundo entero para la conversión de quienes no han encontrado a su Hijo. El mundo y nuestra iglesia necesita de nuestras oraciones y Dios nos regalo a través de María esta arma poderosa..

Los ejercicios para esta semana son:

1. Esta semana ofreceremos el rezo del Santo Rosario al menos durante 3 días de la semana.
2. Vamos a meditar los misterios con mucha atención y devoción, tratando de darle sentido a esa oración tan amada por nuestra Madre.
3. Un día de la semana invita a alguien de tu familia o amigo a hacer el Rosario contigo. Verás que esa oración traerá muchos frutos.

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Notas:

Domingo Quinta Semana

La Pasión de Cristo

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquél que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 14-15).

Tres cosas se han de considerar aquí:

1º) La figura de la Pasión: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto. Al decir el pueblo judío: A nuestra alma le da náuseas este manjar de poquísima substancia (Num 21, 5), el Señor envió serpientes para vengarse; después ordenó que se hiciese para remedio una serpiente de bronce, que fue remedio contra las serpientes y figura de la Pasión. Propio de la serpiente es tener veneno, más la serpiente de bronce no tuvo veneno, sino que fue figura de la serpiente venenosa. Así, Cristo no tuvo pecado, que es veneno, sino que tuvo semejanza de pecado, como dice el Apóstol: Enviando Dios a Su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom 8, 3). Por lo tanto, tuvo Cristo el efecto de la serpiente contra el movimiento de las concupiscencias encendidas.

2º) Modo de la Pasión: Así es también necesario que sea levantado el Hijo del hombre, lo cual se entiende de la elevación de la Cruz. Pero quiso morir levantado: Para purificar las cosas celestiales. Ya había purificado la tierra con la santidad de su vida; restaba purificar las celestiales por la muerte. Para triunfar de los demonios que en el aire preparan la guerra. Para atraer a sí mismo nuestros corazones. Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo (Jn 12, 32). Porque fue exaltado en la muerte de Cruz, en cuanto que allí triunfó de los enemigos; de ahí que no se llame muerte sino exaltación. Del torrente beberá en el camino, por lo cual ensalzará la cabeza (Sal 109, 7). Porque la Cruz fue causa de su exaltación. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó (Filip 2, 8-9).

3º) Fruto de la Pasión. El fruto es la vida eterna. Por eso dice: Para que todo aquél que crea en él, obrando bien, no perezca, sino que tenga vida eterna. Este fruto corresponde al fruto de la serpiente figurativa. Porque cualesquiera que miraban la serpiente de bronce, eran librados del veneno y sus vidas eran preservadas. Contempla al Hijo del hombre exaltado el que cree en Cristo crucificado, y así es librado del veneno y del pecado, y es reservado para la vida eterna.

Lunes Quinta Semana

La Pasión de Cristo es Remedio contra los pecados

En la Pasión de Cristo encontramos remedio contra todos los males en que incurrimos por el pecado. En cinco especies de males incurrimos por el pecado.

1º) En la mancha. Porque, cuando el hombre peca, afea su alma; pues así como la virtud es la hermosura del alma, del mismo modo el pecado es su mancha. ¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos? Has envejecido en tierra ajena, te has contaminado con los muertos (Baruc 3, 10-11).

La Pasión de Cristo borra esta mancha, porque Cristo con su Pasión hizo un baño de su sangre, para lavar a los pecadores. El alma se lava con la sangre de Cristo en el Bautismo, el cual, en virtud de la sangre de Cristo, tiene una virtud regenerativa. Por eso cuando alguno se mancha por pecado, injuria a Cristo, y peca más gravemente que antes.

2º) En la ofensa de Dios. Porque así como el hombre carnal ama la hermosura carnal, así Dios ama la espiritual, que es la hermosura del alma. Cuando, pues, el alma se mancha por el pecado, es ofendido Dios, y él tiene odio al pecador. Mas la Pasión de Cristo remueve esto, pues él satisfizo a Dios Padre por el pecado, por el que el hombre no podía satisfacer. Su caridad y su obediencia fueron mayores que el pecado y la prevaricación del primer hombre.

3º) En la debilidad. Porque el hombre, pecando una vez, cree que después podrá abstenerse del pecado; pero ocurre todo lo contrario; pues por el primer pecado se debilita y se hace más propenso a pecar, y el pecado domina más al hombre, y éste, en cuanto de él depende, se pone en un estado del que no se levanta; como el que se arroja a un pozo, si no es alzado por la virtud divina. Por consiguiente, después que pecó el hombre, fue debilitada y corrompida su naturaleza; y desde entonces está más propenso a pecar. Pero Cristo disminuyó esa enfermedad y debilidad, aunque no la destruyó del todo; sin embargo, de tal modo fue confortado el hombre por la Pasión de Cristo, debilitado el pecado, que no le domina tanto, y puede el hombre hacer esfuerzos, ayudado por la gracia de Dios, la cual se confiere por los sacramentos, que tienen su eficacia de la Pasión de Cristo, de suerte que el hombre puede apartarse de los pecados.

Antes de la Pasión de Cristo se encontraron pocos que viviesen sin pecado mortal, pero después de ella muchos vivieron y viven sin pecado mortal.

4º) En el reato de pena. Porque exige la justicia de Dios que cada cual sea castigado, cuando peca. La pena se mide por la culpa. De ahí que como la culpa del pecado mortal es infinita, en cuanto se comete contra el bien infinito, Dios, cuyos preceptos desprecia el pecador, la pena debida al pecado mortal es infinita.

Pero Cristo nos quitó esa pena por su Pasión, y él mismo la sufrió; como dice el Apóstol San Pedro (I Ped 2, 24): Llevó nuestros pecados, es decir, la pena del pecado, en su cuerpo. Porque fue de tanta virtud la Pasión de Cristo, que bastó para expiar todos los pecados de todo el mundo, aunque hubiesen sido cientos de miles. De ahí, que los bautizados sean aliviados de todos pecados; de ahí también que el sacerdote perdone los pecados; de ahí que quien más se conforme a la Pasión de Cristo y se adhiera a ella, consiga mayor perdón y merezca más gracia.

5º) Incurrimos en el destierro del reino. En efecto, los que ofenden a los reyes son obligados a salir del reino. Del mismo modo, el hombre es arrojado del paraíso a causa del pecado. Por eso Adán fue expulsado del paraíso inmediatamente después del pecado, y fue cerrada la puerta de aquél.

Pero Cristo, con su Pasión, abrió aquella puerta y volvió a llamar al reino a los desterrados. Pues una vez abierto el costado de Cristo, fue abierta la puerta del paraíso, y una vez derramada su sangre, fue lavada la mancha, aplacado Dios, destruida la enfermedad, expiada la pena y los desterrados llamados al reino. Por eso, se dijo al instante al ladrón: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23, 43) Esto no se dijo anteriormente, ni a Adán, ni a Abrahán, ni a David. Pero hoy, es decir, cuando fue abierta la puerta, el ladrón pidió y obtuvo el perdón. Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo (Hebr 10, 19)

Martes Quinta Semana

Sepultura de Cristo

Ha hecho conmigo una buena obra... Porque derramando ésta este unguento en mi cuerpo, para sepultarme lo hizo (Mt 26, 10.12)

Fue conveniente que Cristo fuese sepultado:

1º) Para comprobar la verdad de su muerte; pues nadie es puesto en el sepulcro, sino cuando ya consta la verdad de la muerte. Por eso se lee en la Escritura que Pilatos, antes de permitir que Cristo fuese sepultado, hizo examinar con exquisita diligencia si estaba muerto (Mc 15, 44-45).

2º) Porque por lo mismo que Cristo resucitó del sepulcro, da la esperanza de resucitar por él a los que están en el sepulcro, según aquello: Todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hicieron bien irán a resurrección de vida (Jn 5, 28-29).

3º) Para ejemplo de los que por la muerte de Cristo mueren espiritualmente a los pecados, esto es, los que se esconden de la conturbación de los hombres. Por eso se dice: Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3) Por lo que también los bautizados, que mueren a los pecados por la muerte de Cristo, son como consepultados con Cristo por la inmersión, conforme a aquello a los Romanos: Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo (6, 4).

Así como la muerte de Cristo obró eficientemente nuestra salvación, así también su sepultura. Por lo cual dice San Jerónimo²¹: "Resucitamos por la sepultura de Cristo". Sobre aquello de Isaías: A los impíos dará por su sepultura (53, 9), dice la Glosa: esto es, a los gentiles que estaban sin piedad, los dará a Dios Padre; porque los adquirió muriendo y siendo sepultado. Y en el salmo (87, 5-6) se lee: He venido a ser como hombre sin socorro, libre entre los muertos. Porque Cristo, siendo sepultado entre los muertos, demostró haber sido libre, porque su encerramiento en el sepulcro no pudo impedir que saliese de él resucitado.

Miércoles Quinta Semana

Sepultura Espiritual

Por el sepulcro se significa la contemplación celestial. Por eso sobre aquello de Job (3, 22):

Y se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro, dice San Gregorio: "Así como el cuerpo en el sepulcro, del mismo modo el alma, muerta al mundo, se esconde en la contemplación divina, donde está tranquila de todo estrépito mundano, durante los tres días de sepultura, como con tres inmersiones: Los esconderás en el secreto de tu rostro de la conturbación de los hombres (Sal 30, 21). Los atribulados, los vejados por los oprobios de los hombres, entrando espiritualmente en la presencia de Dios, no son turbados.

Tres cosas son necesarias para esta sepultura espiritual en Dios, a saber: que el alma se ejercite en las virtudes; que toda ella se haga pura y cándida; que muera totalmente a este mundo, las cuales cosas se encuentran místicamente verificadas en la sepultura de Cristo.

La primera está señalada por San Marcos (14, 8), donde se lee que María Magdalena se adelantó a ungir el cuerpo de Jesús para la sepultura, pues el ungüento de nardo espique designa las virtudes por su preciosidad, ya que nada hay más precioso en esta vida que las virtudes. El alma santa que quiere ser sepultada en la contemplación divina, debe, por lo tanto, primeramente ser ungida por el ejercicio de la virtud. Por eso se dice en Job (5, 26): Entrarás con abundancia en el sepulcro, esto es, de la contemplación divina, según dice la Glosa: Como se encierra el montón de trigo a su tiempo. A lo que añade la Glosa: "porque el tiempo de la acción es premio de la contemplación eterna; y es necesario que el perfecto ejercite primero su alma en las virtudes, y la esconda después en el granero del reposo".

La segunda se halla expresada en San Marcos (15, 46). Allí se lee que José compró una sábana, porque la sábana es un paño de lino, blanqueado con mucho trabajo. Por eso significa el candor interior del alma, a cuya perfección se llega con gran trabajo. El que es justo, sea aun justificado (Ap 22, 11). También nosotros andemos en novedad de vida (Rom 6, 4), avanzando de lo bueno a lo mejor, y por la justicia de la fe, a la esperanza de la gloria. Así, pues, deben, los hombres esconderse en el sepulcro de la contemplación divina con candor de limpieza interior. Por lo cual, sobre aquello de Mateo: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (5, 8), dice San Jerónimo: El Señor, puro, es mirado por el corazón puro.

La tercera está expresada por las palabras de San Juan: Y Nicodemo... vino también trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y de áloe (Jn 19, 39), porque mediante la cien libras de mirra y de áloe, con las cuales se conserva incorrupta la carne, se designa la perfecta mortificación

de los sentidos exteriores; por la cual la mente se conserva muerta al mundo para no ser corrompida por los vicios, según aquello del Apóstol: Aunque este nuestro hombre, que está fuera, se debilite; pero el que está dentro, se renueva de día en día (2 Cor 4, 16), esto es, se purifica más intensamente de los vicios continuamente por el fuego de la tribulación.

Por consiguiente, el alma del hombre debe primero morir a este mundo con Cristo, y después ser sepultada con él en el secreto de la contemplación divina. Por eso dice el Apóstol: Porque estáis ya muertos a las cosas vanas y caducas, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3).

Jueves Quinta Semana

La Mayor Señal del Amor de Cristo

Parece que Cristo nos dio mayor prueba de amor entregando su cuerpo en comida que padeciendo por nosotros. Porque el amor de la patria es más perfecto que el amor de aquí abajo. Pero aquel beneficio que Cristo nos dio, entregándonos su cuerpo en manjar, más se asimila a la caridad de la patria en la que disfrutaremos plenamente de Dios. Y la Pasión que sufrió por nosotros más se asimila a la caridad de esta vida, en la cual nos estamos expuestos a padecer por Cristo. Luego es mayor señal de amor el habernos dado Cristo su cuerpo en comida, que el haber padecido por nosotros.

Mas en contra está lo que se dice en San Juan: Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos (Jn, 15, 13).

Cuando se trata del amor de los hombres nada hay más poderoso que el amor con que uno se ama a sí mismo. Y por consiguiente, a ese amor debe tornarse como medida de todo amor para los demás. Corresponde al amor con que uno se ama a sí mismo querer el bien para sí. Por eso es evidente que uno ama tanto más a otro, cuanto más abandona el bien propio en favor del amigo, conforme a aquello de los Proverbios: El que por el amigo no hace caso del daño, es justo (12, 26).

Mas el hombre quiere para sí un triple bien: su alma, su cuerpo y los bienes exteriores. Es, pues, prueba de amor el padecer detrimento en las cosas exteriores por amor a otro. Pero es mayor señal de amor, si alguien sufre también detrimento en su propio cuerpo, ya sean trabajos, ya azotes, por el amigo.

Mas la mayor prueba de amor será abandonar la vida, muriendo por su amigo. Luego la mayor prueba del amor de Cristo fue sacrificar su vida padeciendo por nosotros. El habernos dado su cuerpo como manjar en el sacramento, no le causó ningún detrimento. De donde resulta evidente que lo primero es la mayor señal de amor. Por esto este sacramento es memorial y figura de la Pasión de Cristo. Mas la verdad es más excelente que la figura; y la realidad más que el memorial. Ciertamente la dádiva del cuerpo de Cristo en el sacramento es una figura del amor con que Dios nos ama en la patria; mas su Pasión pertenece al mismo amor de Dios, que nos saca de la perdición para llevarnos a la patria. No obstante el amor de Dios no es mayor en el cielo de lo que es al presente.

Viernes Quinta Semana

Compasión de la Bienaventurada Virgen Maria

Una espada traspasará tu alma de ti misma (Lc 2, 35).

En estas palabras se advierte la gran compasión de la bienaventurada Virgen hacia Cristo. Conviene saber que cuatro cosas hicieron sobremanera amarga la Pasión de Cristo a la bienaventurada Virgen. Primero, la bondad del Hijo, que no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca (1 Ped 2, 22); segundo, la crueldad de los que le crucificaron, pues ni siquiera quisieron dar agua al moribundo, ni permitieron que la madre se la diera, aun cuando ella diligentemente se la hubiese dado; tercero, la ignominia del suplicio: Condenémosle a la muerte más infame (Sab 2, 20); cuarto, la crueldad del tormento: Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad, si hay dolor como mi dolor (Lam 1, 57 12).

Orígenes y algunos otros doctores entienden aquellas palabras de Simeón: Una espada traspasará tu alma de ti misma (Lc 2, 35), del dolor que padeció la Bienaventurada Virgen en la Pasión de Cristo. Pero San Ambrosio dice que la espada significa la prudencia de María que no ignoraba el misterio celestial; porque la palabra de Dios es viva y fuerte y más aguda que la espada más afilada.

Pero otros entienden por espada la duda, pues dice San Agustín que "la Bienaventurada Virgen dudó con cierto estupor de la muerte del señor"; pero esa duda no debe entenderse, sin embargo, como duda de infidelidad, sino de admiración y discusión; porque dice San Basilio que al asistir la Bienaventurada Virgen a la crucifixión y observarlo todo, después del testimonio de Gabriel, después del conocimiento inefable de la divina concepción, después de haber sido testigo de tantos milagros, vacilaba su espíritu, al verle, por un lado, sufrir tormentos ignominiosos, y por otro, al considerar sus maravillas.

...Aun cuando la Santísima Virgen conoció por la fe que Dios quería que Cristo padeciese, y conformó su voluntad al querer divino, como hacen los perfectos, la Bienaventurada estaba triste por la muerte de Cristo, por cuanto la voluntad inferior repugnaba esa cosa particularmente querida, y esto no es contrario a la perfección.

Sábado Quinta Semana

Cómo debemos lavarnos los pies los unos a los otros

Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros (Jn, 13, 14).

Quiere el Señor que los discípulos imiten su ejemplo, pues dice: Si yo, que soy mayor, porque soy maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros, con más motivo, que sois menores, que sois discípulos y siervos, debéis lavaros los pies los unos a los otros. Por eso dice el mismo Cristo: El que quiere ser mayor, sea vuestro criado... El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir (Mt 20, 26.28)

Según San Agustín, todo hombre debe lavar los pies de otro, o corporalmente o espiritualmente. Mucho mejor es y más verdadero, sin discusión alguna, que uno lo haga realmente, y que el cristiano no se desdeñe de hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo se inclina ante los pies del hermano, también se excita el sentimiento de humanidad en el mismo corazón, o si ya existía en él, se robustece dicho sentimiento. Si no se hiciere de obra, debemos hacerlo por lo menos con el corazón. Pues en el lavatorio de los pies, se da a entender el lavatorio de las manchas. Lavas, pues, espiritualmente los pies de tu hermano, cuando limpias sus manchas, en cuanto de ti depende.

Esto se hace de tres maneras:

1º) Perdonándole las ofensas, según aquello del Apóstol: Sufriéndoos los unos a los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro, así como el Señor os condonó a vosotros, así también vosotros (Col 3,13).

2º) Orando por sus pecados, como dice Santiago: Orad los unos por los otros, para que seáis salvos (Sant 5, 16) Este doble modo de lavar es común a todos los fieles.

3º) Pero el tercer modo corresponde a los prelados, quienes deben lavar perdonando los pecados con la autoridad de las llaves: Recibid el Espíritu Santo; a los que perdonareis los pecados, perdonados les son (Jn 20, 22-23).

También podemos decir que con este hecho nos mostró el Señor todas las obras de misericordia. Porque el que da pan al hambriento, lava sus pies, del mismo modo el que le da hospitalidad, y el que viste al desnudo, y así en lo demás. Socorriendo las necesidades de los Santos (Rom 12, 13).

Voluntas Tua

